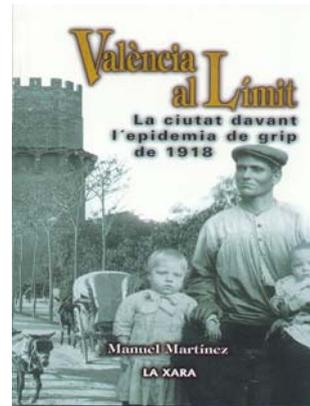


LIBROS

MANUEL MARTÍNEZ, *València al límit. La ciutat davant l'epidemia de grip de 1918*, Simat de la Vallidigna, La Xara, 1999, 207 pp.

Pocos meses antes del final de la Primera Guerra Mundial se inició una epidemia de gripe que alcanzó rápidamente casi todo el orbe y que ha pasado a la historia con el nombre de *Gripe española*. Tal calificativo tuvo que ver más con su coincidencia con los últimos momentos del conflicto bélico y la consiguiente censura militar ejercida en los países que participaban en la contienda que con el hecho de haberse originado en España. Realmente, el desarrollo del primer brote epidémico durante la primavera de 1918 había sido silenciado en uno y otro bando beligerante y tan sólo, en el momento en que nuestras autoridades sanitarias telegrafiaron a Londres para informar de la aparición de una enfermedad epidémica en Madrid en mayo de 1918, se admitió la existencia de una epidemia de gripe y se tomó nuestro país como punto de partida de la pandemia. La dureza con que golpeó a la población y su elevada mortalidad, estimada en 20, 30 ó 100 millones de muertos por los diferentes autores, la convirtieron en el gran evento epidémico del siglo XX hasta la aparición del sida, e impidieron que su recuerdo se borrara de la memoria colectiva. De hecho, fue capaz de generar nuevos momentos de pánico, como el registrado en 1976 en Estados Unidos, cuando se temió un drama similar al de 1918 y se diseñó y puso en marcha un plan preventivo de inmunización que algunos autores han calificado como el mayor fiasco de la historia estadounidense. Lo ocurrido en esos momentos fue una ilustración gráfica del poder de una imagen, el inquietante recuerdo de la gripe de 1918 que fue surgiendo como un espectro desde la tumba, y aterrorizó a la sociedad. Es por eso por lo que no nos debe extrañar que se haya producido el acercamiento, en numerosas ocasiones y desde distintas disciplinas y perspectivas, a este suceso epidémico. De hecho, el surgimiento del sida y, más recientemente, el octogésimo aniversario de la pandemia han sido importantes motores de los estudios sobre este tema y de algunas reuniones científicas como la *Conference on the Spanish Flu Pandemic*, que tuvo lugar en septiembre de 1998 en la Universidad de Cape Town (Sudáfrica). En este foro interdisciplinar, además del lógico intercambio de información, se llamó también la atención sobre la necesidad de continuar trabajando en aras de mejorar nuestro conocimiento sobre el virus responsable de dicha pandemia, tener una idea más precisa de la mortalidad provocada y, sobre todo, saber lo que pasó en zonas que aún no han sido estudiadas. A tratar de cubrir esta laguna historiográfica parecen haberse dirigido las publicaciones de los últimos años, erigiéndose los estudios locales, como la obra que aquí presentamos, en una vía válida y apropiada para alcanzar algunos de los objetivos del programa propuesto.

Nuestro país cuenta con una importante tradición de investigaciones locales sobre la *Gripe española*. De hecho, en las últimas décadas se ha estudiado el desarrollo de la pandemia en algunas poblaciones pequeñas (Alicante, Salamanca, Zamora...), en grandes urbes como Barcelona, Bilbao y Madrid, y ha sido abordado también lo sucedido en España en su conjunto. No obstante, se echaba en falta el análisis de lo ocurrido en ciudades de la categoría de Sevilla o Valencia. Con la realización de este trabajo, Manuel Martínez ha puesto a nuestra disposición un interesante estudio local



sobre el impacto de la epidemia de gripe de 1918-19 en una ciudad importante que aún no había sido estudiada y que contaba en el momento de la pandemia con instituciones de la talla del Instituto Médico Valenciano, que tan relevante papel representó en los debates científicos que tuvieron como escenario la Real Academia Nacional de Medicina y en los que se suscitaron en los diarios madrileños de tirada nacional. Debemos señalar que la Historia de la Salud Pública y de la enfermedad habían sido objeto de atención de algunos de los trabajos de investigación que el autor, médico-pediatra del Servicio de Salud valenciano, había efectuado con anterioridad. Así, bajo la dirección de J.L. Barona, llevó a cabo su tesis doctoral, intitulada «La epidemia de gripe de 1918 en la ciudad de Valencia», y la defendió en la Facultad de Medicina de Valencia en el año académico 1994-95. Sobre el mismo tema versó su aportación al X Congreso Nacional de Historia de la Medicina que se celebró en Málaga en el año 1996. De modo que la obra aquí comentada, realizada también desde la perspectiva de la Historia social de la Medicina, viene a culminar esta línea de trabajo.

A partir de la información obtenida de la consulta de los *Libros de Defunción del Registro Civil*, de la documentación del Archivo municipal, de los artículos de prensa diaria y médica, editadas ambas en Valencia, y de algunas publicaciones estadísticas, el autor ha elaborado un texto estructurado en torno a nueve capítulos. De todos ellos son los apartados tercero, cuarto, quinto y sexto los que contienen el grueso de la información. A lo largo de sus páginas, se van exponiendo respectivamente los efectos de la epidemia sobre la mortalidad de la ciudad de Valencia, las reacciones de las autoridades locales y las medidas que fueron adoptadas para hacer frente a la crisis sanitaria que se vivía, una imagen de la percepción social del suceso epidémico a través de la visión proporcionada por la prensa diaria valenciana, y el debate registrado entre los médicos valencianos.

Con algunos datos referentes a la estructura social y condiciones de vida de los valencianos, así como sobre las principales características demográficas de la población y de los distintos distritos que componían la ciudad, Manuel Martínez inicia el capítulo dedicado a exponer las consecuencias demográficas de la epidemia. A continuación y sirviéndose de los datos obtenidos de los *Libros de Defunción del Registro Civil* y de los *Boletines de la Estadística Municipal*, el autor va explorando las variaciones registradas en las tasas brutas de mortalidad entre 1917 y 1920, así como la distribución mensual porcentual de la mortalidad general y la evolución de las tasas específicas de mortalidad por gripe del bienio 1918-19. A través de la lectura y del examen de las diferentes cifras que figuran en el texto, el lector puede hacerse una idea del impacto que la pandemia tuvo sobre la mortalidad valenciana, y darse cuenta también de que, al igual que han señalado otros autores para Alicante y la mayor parte de nuestro país, fue la segunda onda epidémica la más mortífera para la ciudad de Valencia. En las páginas que siguen, se nos presenta un análisis de la mortalidad por causas y grupos de edades que pone de manifiesto un incremento de la mortalidad por gripe, tuberculosis pulmonar, otras enfermedades respiratorias y algunas otras causas, coincidiendo con el desarrollo de la epidemia. Todo ello habla de la magnitud y gravedad que la pandemia alcanzó también entre los valencianos. El capítulo se completa con la presentación de la distribución de la mortalidad por gripe y por sexos durante 1918 y, para ese mismo año, de las tasas de mortalidad brutas y específicas por gripe de cada uno de los distritos que integraban la ciudad de Valencia. En su conjunto, el autor nos ofrece abundante información sobre las consecuencias demográficas, si bien pensamos que el estudio habría ganado mucho si se hubiera realizado un análisis comparativo con lo acaecido en otros lugares de nuestra geografía, e inclusive con lo sucedido en otras ciudades del mundo occidental. Es una pena además que las tablas correspondientes a las gráficas VII-XVII no se hayan incluido en la monografía, ya que, dado que no es visible la trama de fondo de dichas gráficas, resulta difícil el reconocimiento exacto de las dimensiones de las barras y, con ello, se dificulta advertir algunas de las diferencias registradas en las cifras durante el período analizado.

En las primeras páginas del capítulo cuarto se da cuenta de la corporación municipal que regía los destinos locales en 1918, señalándose los rasgos políticos más característicos del alcalde, así como los principales problemas existentes en el municipio de Valencia en esas fechas. A ello le

sigue la exposición cronológica de las decisiones políticas y discusiones que suscitó la epidemia, dándose cuenta de las distintas medidas que la municipalidad fue adoptando para hacer frente a la situación de crisis que se vivía. Si uno lee atentamente el texto percibe que, como suele ocurrir en estos casos, el mayor número de debates y medidas correspondieron al período de mayor gravedad, en este caso al momento álgido del segundo brote de la pandemia, único del que se ocupa el autor en este apartado. Pensamos, no obstante, que el lector habría agradecido una sistematización temática de los diferentes recursos y procedimientos empleados por las autoridades locales, así como, al igual que hemos señalado para el capítulo anterior, la comparación con lo sucedido en otros escenarios geográficos. De esta manera sería posible advertir el menor peso que las desinfecciones tuvieron en Valencia, a diferencia de lo acaecido en otras ciudades como Madrid.

El autor se acerca en el capítulo quinto a la percepción social de la epidemia. Para ello se sirve de la información obtenida de la revisión de los principales diarios valencianos de información general. En un primer momento, expone cómo se vivió el desarrollo del primer brote en Madrid desde la prensa valenciana, para seguidamente centrar el discurso en el segundo episodio de la pandemia, cuando los valencianos alcanzaron mayor protagonismo. El hecho de haber utilizado sólo el criterio cronológico para organizar su contenido, y no haber efectuado tampoco una agrupación temática del mismo, condiciona bastante la lectura de la abundante información que contiene este apartado. A pesar de ello, el lector puede percatarse del cambio de actitud de la población a medida que se iba agravando la situación. También puede detectar las críticas vertidas contra las autoridades nacionales, locales y los médicos, y conocer cuáles fueron sus principales ideas sobre la naturaleza y etiología de la enfermedad epidémica, así como las principales medidas y tratamientos empleados. No obstante, creemos que la inclusión de algunas de las ilustraciones aparecidas en la prensa, y a las que alude el autor en el texto, habría sido un buen complemento del capítulo por cuanto permitirían mostrar de modo más gráfico lo que se va exponiendo en las diferentes páginas.

Para la elaboración del capítulo sexto de la monografía que se viene comentando, el autor ha recurrido a la información presente en las revistas médicas que se editaban en Valencia en los años de la pandemia, y ha organizado el discurso en torno a once epígrafes de extensión desigual. Mediante su lectura podemos llegar a saber sobre qué puntos principales giró el discurso de los médicos valencianos y cuáles fueron las posturas más frecuentemente defendidas en cada uno de los casos. De hecho, el lector puede advertir cómo, al igual que han mostrado otros autores para otros puntos de nuestra geografía, las mayores disensiones se produjeron a la hora de establecer cuál era el agente causal de la enfermedad y, en consonancia con ello, fijar la naturaleza de dicho proceso, su tratamiento y profilaxis. A pesar de que nos parezcan suficientes los contenidos referentes a los aspectos más teóricos del discurso médico sobre la epidemia, creemos que el lector se podría haber hecho una idea más cabal del papel representado por los facultativos valencianos durante el desarrollo de la pandemia, si para la confección de este capítulo se hubieran utilizado también datos procedentes de los sueltos que estos mismos profesionales publicaron en la prensa diaria local y que el autor ha incluido en el apartado quinto. De esta forma se podrían poner mejor de relieve sus críticas hacia las autoridades —centrales y locales— e incluso hacia otros colegas, así como las denuncias realizadas sobre las deficiencias sanitarias existentes y sus propuestas para tratar de mejorar esa situación. Con todo ello sería más patente ese otro discurso de carácter más profesional, formulado durante la coyuntura epidémica, y que les permitía otorgar renovada actualidad a algunas de sus aspiraciones de mejora en el plano profesional.

El apartado de bibliografía merece un último comentario. Su revisión revela el esfuerzo realizado por el autor para actualizar la bibliografía secundaria. Ciertamente, incluye algunas de las aportaciones efectuadas con posterioridad a la lectura de su tesis, pero no da cuenta por ejemplo de las contribuciones de Phillips Howard, organizador de la Conferencia de Cape Town, ni tampoco de algunas de las novedades que se han registrado dentro de nuestras fronteras.

LIBROS

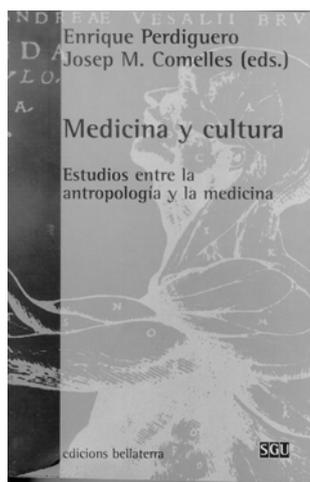
En resumen, la obra de Manuel Martínez que acabamos de comentar, se incorpora a la ya rica tradición historiográfica dedicada al estudio de las epidemias de nuestro país, y es un interesante exponente de las investigaciones locales que se vienen llevando a cabo en los últimos años sobre el desarrollo de la epidemia de 1918-19 dentro de nuestras fronteras. Su realización está permitiendo ir cubriendo una laguna historiográfica que, dada la repercusión social que tuvo la pandemia de gripe, y el valor de su estudio para entender otras situaciones de crisis epidémicas, resulta incomprensible que permaneciera hasta hace poco como un episodio de nuestro pasado poco abordado. ¡Sean, pues, bienvenidas nuevas aportaciones!

M^a Isabel Porras Gallo

Unidad de Historia de la Medicina

Universidad de Castilla-La Mancha, Albacete

ENRIQUE PERDIGUERO, JOSEP M^a COMELLES (eds.), *Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000, 446 pp.



La pregunta ¿De qué hablamos cuando hablamos de factores culturales en salud y enfermedad? es el hilo conductor de este original y magnífico libro colectivo en el que una serie de antropólogos, historiadores de la medicina y profesionales de la salud se dan cita para preguntar, contestar, proponer y debatir sobre las relaciones entre medicina y cultura.

La probada solvencia de los editores es ya, de por sí, una garantía de calidad. En la obra de Enrique Perdiguero, muchos historiadores de la medicina hemos aprendido las posibilidades —metodológicas y prácticas— de la incorporación de las «herramientas» y del discurso antropológico a la reflexión y a la investigación histórico-médica. La de Josep María Comelles ha mostrado el importante papel de los estudios antropológicos en la comprensión de las dinámicas asistenciales y profesionales en el ámbito sanitario. Un historiador y un antropólogo, ambos médicos, que han sabido rodearse de un selecto grupo de colaboradores y articular una propuesta de renovación de las relaciones entre antropología y medicina, mediante la reconstrucción de un diálogo interdisciplinar que supere tanto el evolucionismo social o cultural en medicina, como la retórica fenomenológica en antropología, y que incorpore los nuevos paradigmas de la ciencia social (p. 24).

A través de un Proemio de Oriol Romaní y una Introducción de los editores, se nos informa de las motivaciones y de los esfuerzos personales e institucionales que consiguieron sacar adelante esta publicación que es el resultado de una serie de reuniones científicas convocadas por el Departament d'Antropologia Social i Filosofia de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, ante una propuesta de los historiadores de la medicina alicantinos, reunidos hoy en el Grup Gadea de Historia de la Ciència, tras su disgregación en instituciones universitarias diferentes (la Universidad de Alicante y la Universidad Miguel Hernández de Elche). Los aspectos introductorios quedan com-

LIBROS

pletados en un primer capítulo que, «a modo de presentación», firma el antropólogo italiano Tullio Seppilli y en el que se identifican con claridad las principales tendencias, líneas de investigación, etc., de la antropología de la medicina en la actualidad; prestando especial atención a los rasgos y elementos que diferencian la antropología de la medicina desarrollada en los países del sur de Europa de la *Medical Anthropology* norteamericana.

Tras el capítulo de Seppilli, el libro queda estructurado en dos partes: un primer bloque reúne aportaciones de historiadores de la medicina y de profesionales de la salud que reflexionan sobre el papel de los susodichos factores culturales en su quehacer asistencial, docente o investigador, mientras que en un segundo bloque son los antropólogos los que exponen, cómo ven ellos, desde su perspectiva, esta misma problemática. En definitiva, como los mismos editores indican «la estructura [del libro] ha mantenido el esquema de medicina y cultura/ cultura y medicina, es decir, hablar de lo mismo, pero desde los propios puntos de vista».

Elena Robles, Enrique Perdigüero y Josep Bernabeu, llaman la atención sobre el hecho de que, en el campo de la demografía y la epidemiología históricas, los llamados factores culturales han acabado constituyendo un «cajón de sastre» en el que incluir aquello que no se pueda comprender a través de matrices explicativas inmediatas, simples y cuantificables. Partiendo del concepto de «transición sanitaria», los autores proponen un marco conceptual en el que la estructura social, política y económica, así como las características culturales que definen a cada grupo humano, aparecen como indicadores no cuantificables que determinan determinados modos de enfermar. Los famosos «factores de riesgo» —concretos e individualizados— darían paso a una sucesión de elementos cuya acción, a lo largo del tiempo, darían lugar a causalidades complejas. De este modo, se pone en marcha todo un modelo explicativo que los autores, modestamente, denominan «esquema generador de hipótesis explicativas», pero cuya eficacia y solvencia han demostrado en anteriores investigaciones. Conceptos como «estructura de enfermar» (que analizaría causalidades primarias, tanto de etiología biológica como cultural) o «elementos de enfermar» (unidades individualizadas que representan un auténtico riesgo de enfermar, como la alimentación, las condiciones de trabajo o aspectos que remiten al «ámbito de lo cultural»), me parecen de un alto vuelo teórico y permiten, sin duda, obtener interpretaciones más totalizadoras del proceso salud-enfermedad.

Siguiendo en el campo histórico-médico, Jon Arrizabalaga centra el problema de los «factores culturales» en la historia de la enfermedad, ofreciéndonos un breve, pero agudo y documentado análisis en clave constructivista de lo que podemos entender por «factores culturales» y que, en definitiva, vienen a ser todos aquellos que no son estrictamente biológicos. Tanto si se trata de una «vieja» o una «nueva» enfermedad; tanto si nos referimos a la reconceptualización de una entidad nosológica ya existente, como a una enfermedad «emergente», se hace absolutamente necesario evitar reduccionismos biologicistas y valorar la intervención de numerosos agentes sociales (o socio-culturales), ajenos a los saberes y a las prácticas sanitarias, en el proceso de construcción social de cualquier enfermedad.

El problema de «lo cultural» en la práctica clínica cotidiana es analizado en tres aportaciones, con metodologías y enfoques diferentes. Xavier Alluè analiza la importancia de los factores culturales en pediatría, no solo los más tradicionalmente considerados, como la higiene o la alimentación infantil, sino también otros que tienen que ver con la demanda de asistencia sanitaria y, en particular, con la utilización de los servicios de urgencias. Sus conclusiones son interesantes y acaban remitiendo a la necesaria sensibilidad y «competencia» de los profesionales tanto en relación con otras culturas de «base étnica», como con las diferencias culturales entre los «expertos» y la población. Joseba Atxótegui aborda, desde un enfoque psicopatológico y psicosocial, diversas problemáticas que un colectivo cada vez más amplio de inmigrantes pueden plantear en una consulta médica. Los «duelos» del inmigrante (el duelo por la separación de la familia y los amigos, por la lengua materna, por la cultura, por la pérdida de estatus social, por la pérdida del propio paisaje, por la pérdida de la seguridad física, etc.) son agrupados por el autor en el concepto de «duelo migrato-

LIBROS

rio», a través del cual es posible establecer una interrelación, en clave psicosocial, entre los aspectos médicos y los aspectos culturales que aparecen en las complejas realidades de la inmigración y la interculturalidad. Finalmente, Jesús Armando Haro analiza, con detalle y exhaustividad, diversos aspectos de la atención no profesional de la salud; esto es, los cuidados profanos, distinguiendo entre autoayuda, autoatención y atención alternativa y reflexionando sobre si dichas actividades son complementarias o antagonistas de la atención médica profesional.

El segundo bloque del libro que comentamos se inicia con dos interesantes aportaciones que nos ofrecen un marco de reflexión sobre el papel de la antropología de la medicina. Una, del antropólogo mexicano Eduardo L. Menéndez, en la que analiza, con abundantes ejemplos contextualizados en América Latina, la manipulación de las definiciones y los usos específicos que los «factores culturales» tienen o pueden tener en los procesos de salud/enfermedad/atención. Otra, de José M. Uribe, con el sugerente título «La culpa fue de Durkeim o el amor al chocolate es cultura», en la que se aborda el problema de la construcción de la identidad antropológica en un ámbito de conocimiento y de prácticas en el que la hegemonía del modelo médico no deja muchas posibilidades de maniobra.

Otros tres capítulos se ocupan de acercamientos antropológicos a tres problemas específicos. Mari Luz Esteban analiza, desde las perspectiva feminista y de estudios de género, la maternidad como cultura y el entramado ideológico (de género, de étnia y de clase) que define, legítima y proyecta un modelo universal de reproducción. Rosario Otegui centra su trabajo en los factores socio-culturales del dolor y el sufrimiento, tema importante, tanto desde el punto de vista clínico como antropológico, y con variables diversas que tiene que ver con la propia vivencia del cuerpo, la incorporación de las emociones, etc., pero también con la diferenciación entre «dolencia» (o «padecimiento») y «enfermedad» o entre el dolor crónico y el agudo, el «dolor» del parto, etc. y, en definitiva, la construcción socio-cultural del sufrimiento. Finalmente, Ángel Martínez Hernández aborda la problemática del DSM-IV, la guía de diagnóstico psiquiátrico elevada a la categoría de «fetichismo» por una medicina mental, hoy hegemónica, biologicista, neokraepeliniana, psicofarmacológica y con vocación de implantarse como «pensamiento único» en psiquiatría, pero fuertemente contestada desde otras opciones como los acercamientos más dinámicos o los más psicosociales. El trabajo ofrece un análisis crítico que pone en evidencia buena parte de las carencias, contradicciones y falacias que se parapetan tras el DSM.

Los dos últimos capítulos del libro se refieren al espacio hospitalario y a cómo este ámbito estrictamente clínico genera variaciones culturales. El sida y su manejo en los servicios de Medicina Interna es el objeto del estudio de campo realizado por José Fernández-Rufete; en el se establecen correlaciones entre los distintos criterios (médicos y sociales) clasificatorios de los pacientes, se analizan las estructuras de poder y autoridad médica en el interior del servicio y el papel de la «palabra médica» juega en el entramado de saber y poder en la construcción corporativa del discurso profesional.

Por su parte, Josep María Comelles examina, a partir de una experiencia personal, el funcionamiento de una unidad de quemados de un hospital altamente tecnificado. Sostiene que ese alto nivel tecnológico coincide con una manifiesta fragilidad del discurso del profesional que puede dar lugar a transacciones con discursos subalternos, como el mágico o el religioso, que cobran especial significado y relevancia en una patología como la del quemado, cuya fuerza simbólica es más que evidente.

El libro termina con una cuidada y, sin duda, útil bibliografía elaborada por Enrique Perdiguerro, Josep M^a Comelles y Antón Erkoreka que recopila la producción antropológico-médica de los últimos cuarenta años.

Hasta aquí la descripción somera y obligada de una obra colectiva que, como todas, es desigual y variada, pero no tanto en relación con la calidad de las distintas aportaciones, pues creo sinceramente, que el nivel de todas ellas es bueno, sino por la diversidad de acercamientos enfoques y temáticas. Diversidad, concepto fundamental en la vida y en la cultura que refleja también la riqueza

LIBROS

za de las investigaciones que en los últimas décadas se han desarrollado en al campo de la antropología médica.

Pero más allá de la descripción de los contenidos, debo hacer una última valoración. Pienso que el libro coordinado por E. Perdiguero y J.M. Comelles es un buen ejemplo no solo de colaboración interdisciplinar, sino también de que los caminos suelen tener un doble sentido; en este caso, de la medicina a la antropología y de la antropología a la medicina (y viceversa). Una doble senda que, en su recorrido, nos hace percibir la necesidad de aunar esfuerzos y confrontar visiones, y nos permite avanzar en la aceptación de que no son sólo los médicos (o los profesionales y técnicos de la salud) los únicos llamados a opinar o a «saber» sobre el «mundo sanitario». Al margen de tentaciones corporativistas, el libro pone de manifiesto con claridad la enorme importancia de los factores culturales (identificándolos y definiéndolos) en los procesos salud/enfermedad/atención, contribuyendo a una mejor comprensión de los mismos y consiguiendo, en definitiva, los objetivos que sus autores se habían planteado.

Una última recomendación, sobre todo para los médicos: la de su lectura completa. Claro está que un psiquiatra, un pediatra, un médico de atención primaria o un historiador de la medicina puede encontrar en la lectura de algún capítulo concreto de esta obra claves importantes sobre su área de interés, pero pienso que el conjunto de la obra ofrece algo más, algo difícil de definir que tiene que ver con una determinada visión del mundo, una globalidad que nos permite comprender, en un sentido amplio, el papel de la cultura como factor determinante del estado de la salud de la población y que nos incita a evitar los reduccionismos (biologicistas o de cualquier otro tipo) y las miradas estrechas y limitadas de esa realidad que construimos todos los días.

Rafael Huertas

Dpto. H^a de la Ciencia, IH, CSIC

ERIC BRIAN, *La mesure de l'Etat. Administrateurs et géomètres au XVIII^e siècle*, París, Albin Michel, 1994, 462 pp.

La Historia social de la estadística está en auge desde hace ya más de una década: baste recordar estudios como los de Lorraine Daston (*Classic Probability in the Enlightenment*, Premio Pfizer en 198*) o Ted Porter (*Trust in Numbers*, Premio * en *). El estudio de Eric Brian (EHESS (París)) que ahora comentamos tiene también como objeto el siglo XVIII, y al igual que el de Daston, es una obra erudita y atenta al contexto social en el que se despliegan los cálculos: principalmente, el nacimiento de la estadística demográfica, pero también del propio concepto de *análisis*. Se trata, en efecto, de explicar su aparición a partir de la confluencia entre algunos círculos ilustrados de la Administración francesa en las décadas inmediatamente anteriores a la Revolución, por una parte, y sus corresponsales en la Academia de las ciencias parisina, por otro. El trabajo de Brian toma como eje de su análisis la vida y la obra del Marqués de Condorcet, discípulo de d'Alembert y continuador de su obra en la Academia —en diálogo, a veces agrio, con Laplace—, atendiendo en particular a su relación con Turgot, *Contrôleur général des Finances* de Luis XVI entre 1774 y 1776, y depositario de la obra ilustrada realizada por Vincent de Gournay y el abate Terray en favor de la renovación de los censos estatales durante la segunda mitad del siglo.

Se recordarán aquí los trabajos de Gillispie (1980) y Baker (1975), de los que indudablemente parte el de nuestro autor. Pero no se trata, sin embargo, de una nueva biografía de Condorcet: el análisis de las múltiples facetas de su vida tiene, en este caso, un propósito *sociológico*, y tendría

que interpretarse más bien como un *refinamiento* del análisis de Gillispie. En vez de un esquema dual de intercambio, como el que, según Gillispie, habría regulado las relaciones entre administradores y geómetras (legitimación e institucionalización académica por técnicas de utilidad política), Brian nos propone —inspirado por la sociología de Pierre Bourdieu— descomponerlas en múltiples planos, no necesariamente conexos, pero indispensables, como veremos, para su explicación.

La clave del análisis se encuentra, creemos, en la idea de *clasificación*, en sus múltiples vertientes. En primer lugar, cabría analizar la acción institucional de los discípulos de d'Alembert a partir de su concepción de la clasificación de las ciencias, que vertebraría a un tiempo su proyecto enciclopedista y la organización de las secciones matemáticas de la Academia parisina. Por otra parte, la idea de clasificación articularía también su concepción del análisis, que, sin embargo, sería poco más que una técnica para d'Alembert, así como del cálculo de probabilidades (recuérdese su definición de probabilidad), pese a su escepticismo respecto a sus posibilidades. Por último, la clasificación sería también el eje de los distintos proyectos demográficos emprendidos por algunos sectores ilustrados de la Administración francesa a lo largo del XVIII, que culminarían, como ya apuntamos, con la incorporación de Turgot al gobierno.

El reto que enfrenta Brian consiste en explicar la confluencia de estos programas intelectuales, institucionales y políticos a partir de sus distintos cauces, sin reducir unos a otros. Como eje de este análisis aparece entonces Condorcet. Las ideas recibidas en su formación con los jesuitas se conjugarían primero con las de d'Alembert, su maestro en matemáticas e introductor en los salones ilustrados de París y en la Academia, y después con la influencia recibida en aquéllos de Turgot, y en particular su concepción filosófica sobre la unidad de las ciencias y su extensión a los dominios de la moral y la política.

La primera de las cuatro partes de la obra (que consta, en total, de 13 capítulos) tiene así por objeto el análisis de la formación del proyecto intelectual de Condorcet a partir de estas tres fuentes. Por una parte (I. 1), se estudiaría su concepción del análisis, la combinatoria de las ideas más generales, en la que fundiría el magisterio d'alembertiano con su propia inquietud teológica. Esta concepción se ilustraría después en su propia práctica matemática (I.2), donde la solución de integrales o ecuaciones se efectuaría dependiendo de la clasificación de las distintas alternativas que apareciesen en su desarrollo. Del mismo modo, Condorcet procedería a la reelaboración de la división de las ciencias propuesta por d'Alembert (I. 4), considerando la inclusión de moral y política según la inspiración de Turgot. La concepción filosófica que recibiría de éste se manifestaría, a su vez, en oposición al otro gran discípulo de d'Alembert, Laplace, que plantearía en la Academia una visión estrictamente técnica del Análisis, incluido el cálculo de probabilidades (I. 5).

Correlativamente, en la segunda parte del libro Brian trata el contexto en el que se desplegará la obra de Condorcet. Así, en primer lugar, se apuntan los distintos estudios sobre la población francesa emprendidos en el entorno del Estado francés desde finales del XVII (II. 1). En segundo lugar, se analiza la constitución de la Academia de las ciencias parisina como corporación científica, y su proyección pública en ese mismo periodo, que culminaría con el acceso de Condorcet a la Secretaría perpetua en 1776 (II.2). En ese mismo año cesa en su cargo su mentor Turgot, cuyo modelo de gobierno se analiza someramente en II. 3.

El propósito de Brian no es, sin embargo, analizar la influencia de la ciencia sobre la política, que se apunta escasa, sino los efectos que sobre la ciencia produjo la inspiración política del proyecto intelectual de Condorcet, a través de su acción en la Academia de las ciencias. Este es el objeto de la parte central de la obra, la tercera. Allí se analiza cómo desarrolló Condorcet su propia clasificación de las ciencias, parte central de su programa académico (III. 1), y cómo introdujo el Análisis y el cálculo de probabilidades en sus trabajos científicos, difundiendo (contra Laplace) su concepción (III.2). Finalmente, se estudia cómo se introdujo la demografía, en forma de Aritmética política, en la Academia, tras lo cual ésta comenzaría a desempeñar funciones de asesoría política que no interrumpiría la Revolución (III. 3). A esto se dedican los dos capítulos de la parte IV, don-

LIBROS

de se comentan, en particular, los efectos que ésta produjo sobre la concepción de la probabilidad profesada por Condorcet.

Obviamente, un libro de estas características recibirá siempre objeciones de quienes esperasen un mayor desarrollo de un aspecto u otro del análisis, no siempre injustas, por otra parte. Un aspecto aparentemente descuidado es el de los fundamentos intelectuales en los que se cimenta la afinidad de Turgot y Condorcet, en apariencia *teológicos*, pues bien podrían iluminar desde otro ángulo el desarrollo de la Ilustración. Sin embargo, desde el punto de vista que asume el autor, creemos que poco más se le podría reprochar. Las ideas de Bourdieu informan aquí una sociología de la ciencia nada relativista, aunque por ahora escasamente cultivada. Aun sin compartir los propósitos del autor, el lector puede aceptar buena parte de sus argumentos por la erudición con que se cimantan. El historiador de las estadística podrá contrastar con provecho sus modelos, evitando la ingenuidad metodológica en que a veces incurre Daston, o la disolución casuística de los propios argumentos de Porter. Sólo queda esperar nuevos desarrollos de la obra de Brian que animen el debate en todos estos frentes.

David Teira Serrano

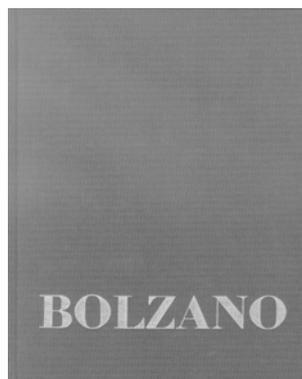
Dpto. Lógica y Filosofía de la Ciencia. UNED

BERNARD BOLZANO, *Miscellanea Mathematica 15*, Stuttgart - Bad Cannstatt, Frommann, 2000, 176 pp.

Prosigue, con este libro, la impresión de la *Bernard Bolzano - Gesamtausgabe*. Ahora se trata del manuscrito correspondiente al legado póstumo (cuaderno 15) del gran lógico y analista matemático Bolzano (1781-1848), que hizo un trabajo en verdad renovador, impulsando decisivamente el cálculo infinitesimal de la primera mitad del siglo XIX, junto a Gauss, Cauchy y el malogrado Abel. Pero él fue pionero en muchas cuestiones de principio en esta ciencia, como ha podido verse a medida que se estudiaban, lentamente, sus papeles más o menos privados.

Pues los resultados del sabio checo sólo se tuvieron en cuenta desde 1870, y su reconocimiento (asentado, eso sí, a partir de 1880), ha ido en aumento a lo largo del siglo XX. Nótese que el manuscrito de su fundamental *Estudio sobre las funciones* se editó en una fecha tardía, 1930 (cien años después de escribirlo). Por otro lado, sus póstumas *Paradojas sobre el infinito*, de 1851, donde impulsó la teoría de conjuntos, ha sido objeto de discusiones en la actualidad (su traducción francesa, por ejemplo, se ha difundido recientemente).

Esta edición, realizada por Van Rootselaar y de Van der Lugt, es verdaderamente meritoria, no sólo por su introducción sino por todo el desciframiento del texto, dadas las innumerables abreviaturas personales que empleaba Bolzano. Y asimismo por los minuciosos índices analítico y onomástico (con más de cien entradas), que demuestran la amplitud de miras del matemático. En este caso, los temas que aborda Bolzano entre los años 1816 y 1817 corresponden al concepto de función (continuidad, desarrollos, etc.), a la convergencia de series, a la noción de número (incluyendo a los complejos), a la idea de espacio, a las definiciones de línea, superficie y sólido, con sus apli-



LIBROS

caciones a la física. Es todo un material sustancioso, con un mínimo formalismo, que se ofrece a la mirada del curioso o del especialista, para unirlo y contrastarlo con el resto del legado bolzaniano.

Mauricio Jalón

Instituto Simancas (IHCYTE), Valladolid

BERTHA M. GUTIÉRREZ RODILLA, *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Barcelona, Península, 1998, 381 pp.

BERTHA M. GUTIÉRREZ RODILLA, *La constitución de la lexicografía médica moderna en España*, A Coruña, Editorial Toxosoutos, 1999, 142 pp.



Como cualquier otro discurso, el científico se forma con palabras, que en este caso suelen ser exóticas a las lenguas peninsulares. Doblemente extraño, por sus tecnicismos y por su origen externo, el lenguaje científico en el mundo contemporáneo se ha caracterizado entre nosotros por un constante flujo de invenciones, neologismos y préstamos lingüísticos. Este intercambio es muy usual en todas las lenguas y en todos los campos. Hemos tenido nosotros la suerte de exportar *siesta*, pero también de importar *fútbol*. Y aquí hemos recibido con gusto goles y penaltis, pero hemos impuesto «fuera de juego», o bien «saque de esquina», aunque Juan Gutiérrez y José Antonio Pascual han dado el espaldarazo a córner y orsay (*Diccionario Salamanca de la lengua española*, Santillana, Universidad de Salamanca, Madrid, 1996). En el campo científico, como en el deportivo, muchos tecnicismos nos vienen de fuera, dada la escasez de nuestra ciencia, si bien otros en especial referidos a la técnica son adaptados e ingeniosamente mejorados por el «pueblo». Las deformaciones que como mejoras se introducen en América sobre *parking*, así lo muestran.

Esta labor, es pues doble, exótica y democrática, pero también intervienen en la formación del vocabulario científico y técnico, especialistas de la lengua como literatos, científicos y académicos. Los unos son generosos, pero los otros cicateros a la hora de renovar la lengua. El mismo Juan Valera en sus *Cartas americanas* apoyaba esta necesidad de incluir ciencia en la renovación académica del lenguaje. Así lo proclamaba Daniel de Cortázar en 1899 cuando en su entrada en la Real Academia Española se alarma por la estrechez de la entrada al diccionario para las palabras científicas. En 1726 se publica el primer tomo del *Léxico de autoridades*, nos dice, con escasas palabras de artes y ciencias; en su segunda edición de 1770 de ciencias, artes y oficios reconoce las aceptadas por el uso común de la lengua, porque no es considerado por los inmortales como un diccionario universal. «Y no deben entrar en él las palabras que no han salido del uso peculiar de los profesores» (*Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. el día 23 de abril de 1899*, Madrid, viuda e hijos de Tello, 1899, p. 32).

Siempre se muestra restrictivo el diccionario, hasta la 12ª edición de 1884. «Es novedad en esta edición el considerable aumento de palabras técnicas con que se ha enriquecido. Por la difusión, mayor cada día, de los conocimientos más elevados, y porque las bellas letras contemporáneas propenden a ostentar erudición científica en símiles, metáforas y todo género de figuras, se emplean

LIBROS

hoy a menudo palabras técnicas en el habla común». Ante muchas peticiones acepta muchos términos... pero no todos, pues por su impureza o caducidad «la Academia... decidida a cumplir su espinoso intento con arbitrio discrecional, ha elegido, de entre innumerables términos técnicos, los que tienen en su abono pertenecer a las ciencias y a las artes de más general aplicación, haber echado hondas raíces en tecnologías permanentes, y estar bien formados o ser de ilustre abolengo, como nacidos del griego o del latín» (D. Cortázar, *Discursos...*, p. 38-39, ver 40-41). La ciencia tiene que entrar por diccionarios especializados, como el de Terreros y Pando, buscando neologismos necesarios para cosas faltas de denominación castiza, o bien palabras que se han impuesto en la lengua. Al igual que Valera, otros muchos escritores —y «el habla común»— han sido mucho más generosos con los términos científicos y, sobre todo, artesanales y técnicos.

Sin embargo, siempre hubo deseos en los científicos por mejorar la terminología, en especial a partir del XVIII, cuando el latín empieza a ser sustituido en la enseñanza y en la ciencia por el castellano, tal como mostró Juan Gutiérrez Cuadrado en muy notables trabajos. Interesantes tesis doctorales se han hecho también recientemente sobre el terreno de la técnica en el ochocientos, donde se junta la procedencia exótica, la labor de técnicos y académicos y el uso diario. Por ejemplo, debemos recordar las leídas sobre la técnica ferroviaria por Francesc Rodríguez Ortiz y sobre la naval por Cristina Villar Rey. La profesora Gutiérrez Rodilla, en otro terreno técnico, lo ha estudiado para la medicina, en trabajos que ahora reúne en *La constitución de la lexicografía médica moderna en España*. Sus estudios la han llevado a ocuparse del *Diccionario de autoridades*, así como del monumental de Terreros y Pando. Historiografía médica primera, diccionarios médicos españoles del XVIII y XIX, en general lenguajes y nomenclaturas médicos, en especial clínicos, terapéuticos y de divulgación, son sus fuentes de estudio. El francés fue lengua de origen claro, pero no olvida estudiar la introducción del inglés. Viene la renovación del lenguaje médico en buena medida de las reformas universitarias del XVIII, así de la creación de los Reales Estudios de Clínica. La formación de este vocabulario técnico siguió a lo largo de las siguientes décadas, si bien la medicina española fracasa en el XIX en muchos de sus empeños. Los grandes clínicos del XVI llegan al XVIII con Andrés Piquer, quien es capaz de escribir buenos tratados, bien explicando la enfermedad desde el mecanismo, bien describiéndola con el buen ojo clínico del hipocratismo. No hay estos grandes prácticos en el XIX, pero sí traducción rápida de los franceses, con lo que las palabras se introducen veloces. Hay varios intentos de mejorar la lengua, así se inicia el siglo con Salvá y Campillo en la apertura del año 1807 de la Real Escuela de Medicina Clínica de Barcelona. (*Discurso sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, y plan para hacerlo...*, Barcelona, M. Texéro, 1807).

De gran interés en este terreno de la configuración de un lenguaje científico, es la figura del académico Pedro Felipe Monlau, en especial su *Diccionario etimológico*, con una primera edición en 1856. (La segunda, hecha por su hijo en Madrid, Aribau y C^a., 1881. Véase también, «Del arcaísmo y del neologismo ¿Cuándo se debe considerar fijada una lengua», *Memorias de la Real Academia Española*, I, Madrid, Manuel Tello, 1870, 422-482) Se plantea la etimología inmediata y su época de formación, su primer significado y forma original, los cambios en ésta y en el significado, con el uso y desuso, los derivados y compuestos. Se entiende así la etimología por el origen, significado, formación, y las transformaciones de las palabras. Se preocupa de las etimología de otras lenguas y de la propia. Considera que con su trabajo ayudaría a conocer el origen y formación del



castellano, completando así gramáticas y fomentando el estudio de la lengua, a través de su historia (voces simples y sus derivados y sus familias) y de la filología. Sabe unir la preocupación por las clásicas, griego y latín, con la novedad que los términos científicos y técnicos, las «voces técnicas» suponen y su aceptación por literatos y profanos.

Y a su lado debe figurar el ya mencionado ingeniero de minas Daniel de Cortázar, quien presentó 14.000 papeletas sobre léxico científico a la 12ª edición del *Diccionario* de la Real Academia Española, con indicaciones de los motivos y de las fuentes empleadas. Fue académico de Ciencias y de la Lengua. Ante ésta mostró siempre su preocupación por el lenguaje científico. Sin duda, el siglo XIX se caracteriza por la entrada de la nueva ciencia y la nueva técnica —de Francia, en buena medida— que se acompañan de muchas palabras nuevas. «La adopción, pues, de voces extranjeras para designar ideas y objetos exóticos, se justifica con sólo pensar en lo que esto facilita el trato y comunicación de distintas y apartadas naciones, siendo suficiente que la naturalización se haga con inteligencia y sin las deformaciones o torpezas que frecuentemente ocurren y dejamos anotadas; y aun tratándose del lenguaje vulgar, sería perjudicial e inútil tarea condenar radicalmente el neologismo, ya que el significado de las palabras se transforma sin cesar...» (D. Cortázar, *Discursos...*, p. 23). Opina que tenemos excelentes vocablos, griegos, latinos y árabes, por tanto critica cómo los españoles (Villalobos y Núñez de Velasco) trataron de evitar arabismos, así como los alemanes han hecho con el francés. Contra el barroco se muestra enemigo de complejidades verbales, sin duda sabría el papel de Feijoo en introducir la ciencia francesa y una nueva lengua sencilla y clara. Quizá el discurso científico moderno puede ser caracterizado por su agilidad, ductilidad y elegancia.

Discute si el lenguaje se modifica por los sabios o por el pueblo. Si bien no piensa que se deba al vulgo, opina que «el sufragio universal ha existido siempre en las lenguas, y que el uso de la mayoría se ha impuesto tiránicamente». Recuerda cómo Baldomero Rivodó en *Voces nuevas de la lengua española* se ocupó de la formación y los tipos de neologismo: «ya por derivación y composición de los antes usados, ya creando aumentativos y diminutivos, ora empleando los participios activos, ora rehabilitando y rectificando voces anticuadas, o, por fin, aceptando provincialismos y voces extranjeras». Sin duda, quiere la Academia «conformar el lenguaje científico con el castizo»(...) «sin que nadie pueda pensar siquiera si los fundamentos o desarrollo del saber son incompatibles con las palabras castellanas, o lo que es igual, si la lengua patria es impotente para servir a los descubrimientos modernos, sin antagonismo entre los fieles guardadores del idioma y los hombres dedicados al estudio de las verdades y leyes naturales». El camino que nos marca es claro, «no se trata de aquellos vocablos dudosos, tomados de otros idiomas vivos, con que se ofende la eufonía y genio del nuestro, sino que se pretende que el léxico nacional no sea un catálogo de arcaísmos, representantes de la ciencia en pasado tan remoto, que sólo sirva para entender libros elaborados en alguna celda de convento, cuando, con el nombre de *obras científicas*, se daban únicamente conjuntos de sutilezas de ingenio y entretenimientos curiosos de ninguna utilidad al presente» (D. Cortázar, *Discursos...*, pp. 25, 30-31 y 39-40) La modernización del lenguaje científico debe correr paralelo al de la ciencia, así como al de la economía, buscando tal como Cortázar afirmaba utilizar monedas de oro, o al menos de buen metal. Me recuerda un discurso de Pedro Laín Entralgo sobre el lenguaje político, en que terminó pidiendo a los profesionales de la cosa pública, que no era preciso que hablasen muy bien, pero sí al menos de forma aceptable, es decir acuñando palabras de algún metal noble. Un metal que puede ser brillante o mate, costoso o económico, pero siempre ligero, agradable y útil.

Este intento de renovar el lenguaje científico es, pues, siempre importante. En este sentido lo ha sido el interés que en ello ha mostrado Ángel Martín Municio desde la Academia de Ciencias. De gran utilidad es, por tanto, el libro de Bertha M. Gutiérrez Rodilla *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*. Dada la potencia de motor que la ciencia supone para la cultura actual, preocuparse de un acercamiento al lenguaje de la ciencia, a su concepto e

LIBROS

historia es una buena aportación. También de los tecnicismos y su creación, así como de los problemas de la internacionalización de la ciencia, el estudio de las nomenclaturas, de las traducciones y neologismos, así como de las lenguas francas. En fin, termina abordando la difusión, los lenguajes documentales, los tesauros y la divulgación. La ciencia está imponiendo sus términos, en el caso de las ciencias puras es frecuente la adopción de términos externos, pero en el caso de la técnica, sobre todo la de uso frecuente, se crean constantemente palabras. A pesar de las dificultades que tiene «correo electrónico», por su mayor lentitud sobre «e-mail», es preciso buscar palabras, porque si no terminaremos todos recibiendo y enviando «un emilio». El estudio de los lenguajes relacionados con la informática será fundamental, porque cada vez se defiende más que el mundo se expresa, e incluso para algunos se inicia y concluye con *words, words, words*.

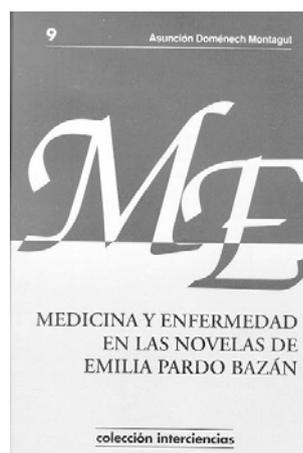
José Luis Peset
Dpto. Hª de la Ciencia, IH, CSIC

ASUNCIÓN DOMÉNECH MONTAGUT, *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, Colección Interciencias, UNED, 2000, 227 pp.

La relación entre medicina y literatura ha sido constante, sin duda la enfermedad y la muerte son trances que permiten inspiración fácil a los escritores. Entre las corrientes literarias, el naturalismo siempre privilegió los aspectos morbosos, para echar sal y pimienta a sus trabajos. Por esto, no es raro la frecuencia de trabajos de historiadores de la medicina sobre esta corriente estilística, podemos recordar los de Rafael Huertas sobre Zola, o los de Delfín García Guerra sobre Blasco Ibáñez o Pardo Bazán. Ahora se une un trabajo excelente, que junta a una buena escritura, un buen trabajo erudito y científico sobre la famosa escritora gallega.

Contamos pues con otra interesante aportación al conocimiento de esta novelista, desde el punto de vista de la historia de la medicina. La autora elige algunos aspectos centrales de la escritora, como el análisis de sus médicos, o de algunas enfermedades principales, como la diabetes, la locura o la tuberculosis. La primera era bien conocida por la condesa, porque la padecía y era una excelente comedora y gastronoma. La segunda, o mejor las segundas, son materia principal de muchos novelistas, pues las enfermedades psiquiátricas intervienen en la conducta humana y, por tanto, se convierten en personajes de sus capítulos. La tercera aparece como enfermedad de moda a partir del romanticismo.

Algunas enfermedades, como la epilepsia tienen desde antiguo carácter divino, mágico y simbólico. Es enfermedad de los dioses, de sus elegidos, y por tanto no es extraño que sigan apareciendo. También la lepra, enfermedad bíblica, significaba marginación, pecado, culpa y expiación. La tuberculosis se propaga en el fin del Antiguo Régimen, con el crecimiento de las ciudades y el proceso de proletarización. Amplias capas de la población, sin inmunidad, se contagian. Es una enfermedad que afecta a jóvenes y viejos, a nobles y pobres, a campesinos y burgueses.... también es un padecer con larga trayectoria, que da lugar a una patobiografía. No es extraño la frecuencia de



LIBROS

galanes y heroínas con esta enfermedad. Aquí la autora señala la presencia en un artista, un pintor. Adquiriendo por tanto la enfermedad la connotación romántica de germen de genialidad, de degeneración a cuyo estudio Max Nordau tanto aportara.

José Luis Peset
Dpto. Hª de la Ciencia, IH, CSIC

DIANE CHAUVELOT, *Historia de la histeria*, Madrid, Alianza, 2000, 212 pp.



Recientemente se ha publicado *Historia de la histeria*, versión castellana del libro *L'hystérie vous salue bien! Sexe et violence dans l'inconscient* (1995). Su autora, la médico, psiquiatra y psicoanalista francesa Diane Chauvelot, es discípula de Lacan, a quien cita en repetidas ocasiones, y perteneció a la escuela freudiana hasta su disolución en 1980. Este libro, que naturalmente concluye con la proclamación de la necesidad del psicoanálisis de Freud en el tratamiento de cualquier enfermedad cuyo origen esté en un desorden producido en el inconsciente, es una obra en la que se hacen accesibles al lector profano tanto las figuras que constituyen los cimientos de la medicina, en cuya historia se inserta la de la histeria, como el concepto que de los fenómenos histéricos han tenido a lo largo de los siglos médicos, religiosos y la sociedad en general.

En una exposición clara y ordenada, salpicada de breves comentarios, no exentos, a veces, de cierta ironía, que abarca desde los primeros textos que se conservan relativos a la histeria, del segundo milenio A. C., hasta nuestros días, la autora plantea la histeria como una enfermedad de naturaleza desconocida durante siglos y siempre poderosa.

Desconocida, es considerada por los padres de la medicina como enfermedad del útero y, por tanto, exclusivamente femenina. Al ser silenciada a partir de San Agustín, pasa a formar parte de la historia de las posesiones del demonio, que llegarán a su culminación en primera mitad del siglo XVII.

Poderosa, es desde luego capaz de dominar el cuerpo y el alma de los hombres, pero tendrá además, como veremos, otros efectos en el curso de la historia. En el libro se presentan muy diversos casos de histeria. Sus distintos tipos de manifestaciones dependen de factores culturales y sociales inherentes al momento histórico del que se trate. Pero, ya presente unos síntomas u otros, ya se exprese a través de un enfermo o de una colectividad, la crisis histérica comporta siempre, como dice el célebre psiquiatra del s. XIX J. M. Charcot, un espectáculo de desorden. Restablecer el orden se dejará, a lo largo de la historia (como sucede con las otras enfermedades), en manos del discurso religioso o del discurso médico, dependiendo también de esas mismas circunstancias culturales y sociales. Y será precisamente la histeria la que hará posible el restablecimiento del discurso médico, tras los avances de los paracelsianos y a raíz de uno de los casos más sonados de su historia, el de las posesas de Loudun, en la primera mitad del siglo XVII. Un episodio, éste de las posesas, que ha sido recogido hace unos meses por la Asociación Española de Neuropsiquiatría, en la publicación de la *Autobiografía* de Juana de los Ángeles. Más tarde, con Freud, la histeria

LIBROS

abrirá la puerta al conocimiento de lo inconsciente. En palabras de la propia autora, «¡Qué poder no tiene la histeria!»

Rosario Ibañes
Instituto Diego de Praves

GEORG GRODDECK, *Las tripas*, Jaén, Del Lunar, 2001, 78 pp.

Una buena noticia para el mundo de libros en castellano es la multiplicación de pequeñas editoriales, que hacen de contrapeso ante esa tendencia a la homogeneidad cultural que propicia hoy el mercado impreso. Las ediciones Del Lunar, de Jaén, han publicado en los tres últimos años una serie de textos notables, en versiones cuidadas, de Wundt (*Sueño y mito*), Nordau (*Fin de siglo*), William James (*La inmortalidad humana*), Fechner (*Anatomía comparada de los ángeles*), Abraham (*Sueño y mito*), e incluso un trabajo extenso e ilustrado, *Los endemoniados del arte* de Charcot y Richer. Su colección de libros va tejiendo una información médico-cultural muy importante sobre las bases del pensamiento contemporáneo.

Estos textos recientes merecerían, todos ellos, la atención de *Asclepio*; pero aquí nos limitaremos a resaltar sus recuperaciones de Georg Groddeck y, en particular, los dos escritos breves que aparecen ahora bajo el título *Las tripas*. Pues, además, la joven empresa librera giennense había puesto ante nosotros unos *Escritos* de Groddeck, otro texto notable de este médico y analista, *La vista, el mundo del ojo y ver sin ojos*, así como una monografía, insólita en castellano, *Georg Groddeck, el soñador de mundos*, de Ángel Cagigas, que es el artífice de este riguroso trabajo editor, y asimismo el prologuista y traductor del nuevo libro. Y acaban de publicar un interesantísimo *Genio y figura. Georg Groddeck en imágenes y textos*.

El llamado médico silvestre, Groddeck (1866-1934), había sido ayudante de Schweninger, entre 1896 y 1900, hasta que seguramente rechazando la praxis del médico de Bismarck, tan mecánica y a veces brutal, pudo poner en marcha un sanatorio en Baden-Baden para seguir sus propias ideas curativas. En parte inspirado en el romanticismo alemán y en los escritores de entresiglos, Groddeck, nada convencional, dialogó finalmente con el círculo de Freud si bien manteniendo su independencia. Dentro de esta aportación suya, heterodoxa, entraría toda una serie de trabajos breves *De la boca y su alma*, *De la cabeza y su alma*, *De las extremidades y su alma* que culminan en *El ser humano como símbolo* (1933).

Pues bien, entre esta cartografía simbólica del cuerpo humano se insertan *La vista, el mundo del ojo y ver sin ojos*, y el segundo texto de *Las tripas*, «De las tripas del ser humano y de su alma», en donde, una vez más intenta fundir la fisioterapia y la psicoterapia. En el libro sobre los ojos todo le servía de plataforma para recorrer elementos médico-culturales sobre la mirada, con sus quiebras, cegueras y ocultaciones; aquí el peso lo lleva la alimentación, en la infancia o en la madurez, la división simbólica del cuerpo por el diafragma, las retenciones, las ambigüedades sexuales, los orificios y las aberturas al mundo, las regulaciones más o menos placenteras de su funcionamiento, las imágenes visuales y los temores del abdomen. Las continuas indagaciones verbales llevadas a cabo por Groddeck no constituyen un territorio cerrado, pues, asimismo, este mundo asociativo tiene un correlato en la praxis médica, marcado abiertamente en el texto complementario, «El estreñimiento como modelo de resistencia», en donde todo parece reposar en la experiencia corporal. Pero en realidad, para él no hay posibilidad de hacer distingos entre un ángulo de la observación y

LIBROS

el otro; y los vastos recorridos filológicos, asociativos, simbólicos, en cada uno de sus textos proponen un modo aún atendible, *somatoanímico*, de representar al hombre.

Mauricio Jalón

Instituto Simancas (IHCYTE), Valladolid

ALBERTO GOMIS, *El fundador de la Genética. Mendel*, Madrid, Nivola, 2000, 139 pp.



En una época en que asiduamente los medios de comunicación hablan con mucha ligereza y familiaridad, que no pueden esconder su desconocimiento, de términos como clonación, genoma humano, etc., es de agradecer la publicación de un libro que explique con claridad y sencillez, no exenta de erudición, la vida y la obra de un personaje, el monje Johan Mendel (al tomar los hábitos de la orden de los agustinos adoptaría el nombre de Gregor), en cuyas prácticas empíricas se encuentran esbozadas los principios de la Genética.

El resultado de una intensa y ya larga labor de investigación histórica sobre Mendel, ha sido un excelente trabajo realizado por Alberto Gomis. En este libro puede comprobarse como ha sabido conectar, desde un punto de vista didáctico, con un potencial público lector interesado en el desarrollo histórico de la ciencia.

No está de más recordar que cualquier línea de actuación a favor de la difusión y comprensión pública de la ciencia, como promotora de una cultura amplia, debe ir unida a la necesidad de

que los estudios sobre la ciencia se integren en un proyecto global de la sociedad en la que esta práctica se produce. A la larga, los esfuerzos por aproximar el conocimiento de la ciencia y su desarrollo histórico al público, compensan con creces, y resultados, el tiempo empleado en esta significativa actividad. Este libro es buena prueba de ello. En él se ha sabido conjugar la información, recogida con meticulosa seriedad profesional, con la necesaria divulgación para que la obra llegue al mayor número posible de lectores.

El libro se encuentra estructurado en una introducción, diez capítulos, dos anexos que complementan la información biográfica de la vida y obra de Mendel, y una bibliografía final. Los siete primeros capítulos, que en conjunto constituyen más de la mitad de la obra, están dedicados, como cabría esperar de un trabajo biográfico, a la vida y trabajos del monje nacido en 1822 en Heinzendorf, por entonces perteneciente al imperio austro-húngaro y en la actualidad a la República Checa. Su formación, sus maestros, su vocación religiosa, su estancia en Viena, su vuelta al monasterio de Brno y su labor docente en los institutos de esta localidad, forman algunas de las partes del contexto histórico en el que Mendel inició y posteriormente desarrolló su actividad científica.

En un panorama biográfico tan completo no podía faltar un capítulo dedicado íntegramente a los experimentos de hibridación con guisantes, realizados por Mendel en el huerto de su monasterio. Como dice el autor de la biografía, la importancia de este trabajo científico del monje checo, «uno de los clásicos de la historia de la biología, se debe a muchos factores: la intuición con la que siguió la transmisión separada de los caracteres, la extensión que dio a los experimentos, la aplicación matemática en la interpretación de los resultados... Pero, principalmente, este trabajo contiene

LIBROS

las leyes fundamentales que rigen la herencia de los caracteres, a partir de los cuales se desarrollaría la genética».

En el siguiente capítulo, Gomis comenta como Mendel cumplió con uno de los requisitos básicos incluidos en el esquema general de la actividad científica: la comunicación de los resultados de sus experimentos. Sin embargo, a pesar de ser expuestos públicamente en una sociedad científica, de ser publicados en una revista con una apreciable distribución y de ser expuestos en cartas a algunos expertos, hubo que esperar a comienzos del siglo XX para que fueran considerados por la comunidad científica. Gomis sostiene que más que desconocidos en su época, parece más correcto pensar que los trabajos de Mendel no fueron comprendidos por sus colegas contemporáneos.

Los últimos tres capítulos están dedicados a la repercusión e influencia de la obra científica de Mendel en el siglo XX, tras el redescubrimiento de sus leyes en las primeras décadas de la centuria, con un apartado específico en donde se expone la introducción del mendelismo y la genética experimental en España.

Podría discutirse si hubiera sido más apropiado calificar a Mendel de «precursor» en lugar de «fundador» de la genética, si se piensa que el monje agustino no se planteó iniciar con sus trabajos una disciplina científica nueva. En cualquier caso, la sólida interpretación de la vida y labor científica de Mendel, expuesta en la obra de Alberto Gomis, permite disponer de una biografía completa y amena, de uno de los científicos más relevantes en la historia de las ciencias naturales.

Por último, sólo queda felicitar a *Nivola libros y ediciones*, por la considerable labor editorial que viene realizando con sus colecciones de biografías de científicos relevantes, que contribuye a la difusión de la historia de la ciencia.

Francisco Pelayo
*Instituto de Historia de la Ciencia y
Documentación López Piñero. Valencia*

EDUARDO FLORES CLAIR, *Minería, educación y sociedad. El Colegio de Minería, 1774-1821*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, 239 pp.

El Colegio de Minería de México es la más importante institución científica de la América ilustrada. La iniciativa procede de mineros y científicos mexicanos, que ven claros los problemas de la minería novohispana. Falta de capital, legislación antigua, mala técnica y falta de conocimientos científicos impedían un aprovechamiento máximo de la plata mexicana. José de Gálvez conoce estas peticiones de mejora y desde el ministerio las apoya, enviando al riojano Fausto de Elhuyar a dirigir el Colegio. Este supuso un difícil equilibrio entre comerciantes y mineros, entre españoles y criollos y entre ciencia y técnica.

El libro de Flores Clair, una magnífica tesis de 1997, bucea en los archivos principales de México y España para averiguar la forma de enseñanza del colegio. Se trata de una forma a caballo entre universidades y escuelas técnicas, entre las ciencias, las técnicas y las humanidades. Un plantel de magníficos profesores supo construir un plan de estudios moderno, con asignaturas esenciales para la formación de los jóvenes mineros. La biblioteca estuvo bien surtida, así como los laboratorios y las colecciones. Hubo instrumentos, laboratorios y prácticas en minas. Se publicaron, tradujeron y escribieron libros importantes para la enseñanza de la minería. Podemos citar la traducción de Lavoisier, que Patricia Aceves ha señalado que fue hecha por Vicente Cervantes.

LIBROS

Se trata de un libro importante, definitivo para la forma de enseñanza en el Colegio, que aporta novedades muy notables a los clásicos de Santiago Ramírez y Roberto Moreno.

José Luis Peset
Dpto. H^a de la Ciencia, IH, CSIC

LEONCIO LÓPEZ-OCÓN, CARMEN MARÍA PÉREZ-MONTES (eds.), *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898). Tras la senda de un explorador*, Madrid, CSIC, 2000, 384 pp.



Aparece un atractivo libro sobre Marcos Jiménez de la Espada, coordinado por dos investigadores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Leoncio López-Ocón y Carmen María Pérez-Montes. Demuestra el interés que en esta institución se ha tenido por esta señera figura en los últimos años. El resguardo de sus colecciones, la recuperación de sus fotografías y los estudios que sobre él se han hecho, son buenas muestras de esta preocupación. El libro acoge bien los importantes trabajos que en el Instituto de Historia y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales se han realizado, así como en la Biblioteca General de Humanidades y en la Unidad de Coordinación de Bibliotecas. También subraya el interés con que ha sido acogido en el Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La aparición en 2000 del *Catálogo de fotografías de la Comisión Científica del Pacífico* en CD-ROM, colección tan magníficamente restaurada, muestra asimismo la buena aceptación de esta misma institución. La generosidad de la familia en la recuperación de la memoria del viajero, debe ser también señalada.

Como dicen sus editores, el libro tiene «un cierto carácter de libro homenaje», comenzando con una presentación de la persona y la obra de Jiménez de la Espada. Su papel como historiador, naturalista, antropólogo y geógrafo es notable, como muestran las diez intervenciones que se recogen del acto celebrado en 1998 en su recuerdo en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Luego se presenta el excelente trabajo realizado con el rico legado del fondo existente en las diversas instituciones del C.S.I.C. Por fin, una antología de textos propios y de la época cierran este interesante volumen. Unas brillantes palabras del siempre inteligente Baltasar Gracián, que preceden la obra, subrayan la importancia de los esfuerzos que la historia de la ciencia está haciendo por recuperar personajes que aparecen injustamente alejados de nosotros, como personajes en busca de su siglo, del mejor siglo que merecen. En este sentido —y volviendo a Jiménez de la Espada— el tiempo ha hecho «de él un hombre de las dos culturas en dos sentidos diferentes: la europea y la americana, y la científica y la humanista» (Miguel Ángel Puig-Samper, p. 71).

José Luis Peset
Dpto. H^a de la Ciencia, IH, CSIC